

Liturgia como experiencia de vida mística

Gerardo Luis Martín Sánchez

MONASTERIO CISTERCIENSE DE STA MARÍA DE OSEIRA
ORENSE

RESUMEN Al abordar la experiencia mística de la liturgia, el presente artículo pretende diferenciar la liturgia de lo que es su corteza, de lo que son las celebraciones y su aparato simbólico. Afirma que lo esencial en la liturgia es Cristo. El autor comparte en este trabajo su encuentro con Él.

PALABRAS CLAVE Relación, oración de acción de gracias, morada interior, escucha y vida.

SUMMARY *By entering into the mystical experience of the liturgy this article differentiates its outer surface, the symbolic framework of liturgical celebrations. The essence of the liturgy is Jesus Christ. In this article the author studies the liturgy's Encounter with Him.*

KEYWORDS *Relationship, Prayer of thanksgiving, Interior castle, Listening and life*

I. INTRODUCCIÓN

1. UNA SOSPECHA

El título de este artículo puede suscitar extrañeza, sospecha y mala interpretación. Se suele pedir una explicación del término místico y sus contenidos. Incluso desde los prejuicios que ciertas personas dejan entrever al escuchar sobre este tema. Hay quienes ven lo místico con un sentido despectivo y peyorativo, de sentimentalismo o de fenómenos raros. Otros reducen el término a lo inefable. Precisamente esto me da pie para escribir, pues muestra que hay interés por la mística, o por la experiencia de Dios, misterioso, oculto; y se busca al místico, a alguien, que hoy día, puede experimentar a Dios amándole sin entenderle.

Aunque pueda parecer desenfocado, espero ser comprendido si, en estas páginas, pretendo resumir las casi 2.000 páginas de todo un Diccionario de Mística en estas dos palabras: “en Dios”¹. Místico es el que consciente de estar también “bautizado en aire”, vive, actúa y habla en Dios, el que sin entretenerse en los signos ve y respira en la liturgia lo esencial: Cristo.

2. PUNTO DE PARTIDA

En bastantes comunidades monásticas, sobre todo femeninas, también individualmente y en pequeños grupos de laicos, con frecuencia me cuestionan el cómo hacer más vivenciales las celebraciones. Incluso emplean los términos camino interior y mística como claves para vivir, entrar, o acercarse a la comprensión del misterio pascual que se celebra en la liturgia. Pero por más vivas que sean nuestras celebraciones, yo les digo: ¿cambian nuestra vida, nos llevan a una transformación o conversión?

3. EL GRAN “FALLO” LITÚRGICO

Se me ha hecho esta pregunta: “¿Cómo se convierte el misterio pascual celebrado en la liturgia en acontecimiento de salvación, en tu vida personal de monje?”

Tal vez los que me preguntan no saben distinguir entre liturgia y celebración litúrgica. Posiblemente se centran en ellos mismos y en “sus” celebraciones, y en eso que dicen “de hacer más vivas las celebraciones”. Este es el fallo litúrgico primordial: quedarse en el nosotros y en los signos de nuestras celebraciones, siempre trabajando e indagando en ello. Esfuerzo va y esfuerzo viene, para vivir la liturgia, comprendiendo y expresando bien lo simbólico. Conozco un poco el gran esfuerzo que el movimiento litúrgico, desde siglo XIX, ha realizado a favor de la verdad expresiva de los signos.

Estoy acostumbrado a maravillarme ante un vigilante almendro florido. Y a su tiempo me habla el aterciopelado verde de las almendras en formación. Pero lo realmente interesante es el fruto. Valga decir que en la liturgia, sin

1 L. Borriello – E. Caruana – M. del Genio – N. Suffi (dirs.), *Diccionario de Mística* (Madrid 2002).

renunciar a la expresión exterior, a la “res sacramenti”, se trata de ir al centro, al embrión, al germen que custodian las celebraciones litúrgicas, a su latido, a la almendra encerrada que es Cristo.

Por eso el asunto está en saber de qué Vida se trata cuando celebramos. A mí me parece que con nuestro detenimiento en la expresión simbólica, como suele ocurrir, así no se llega a poseer la realidad escondida, el misterio litúrgico, la experiencia mística de la liturgia.

A un monasterio llegan cristianos de todo tipo, los que a anulan, según ellos, una liturgia que no sea la vida misma. Les pregunto: ¿de qué vida habláis? Recibo respuestas de luchadores, activistas, y de creativos que se enzarzan con rubricistas. Éstos, tan honrados porque leen lo colorado, y tan ocupados en la corteza o coreografía del cómo hay que hacerlo, ante mis preguntas no suelen determinar, como tampoco los otros, dónde está la unión o el divorcio entre liturgia y vida. Otros lamentan la desbandada de los jóvenes, de cómo pasan de las celebraciones. Yo me pregunto siempre: ¿unos y otros, incluidos los jóvenes que no vienen, saben lo que es la liturgia?

4. MI TESIS

“Escucha”. Es la palabra inicial de mi monacato benedictino. La sigue pronunciando San Benito en su Regla, que seguimos después de quince siglos. Y ahora me atrevo a decir, ante un público tan selecto como el presente, al que estoy poco acostumbrado: Escucha tú, profesor o alumno a “Quién” celebra y es celebrado.

Un monje sólo puede decirnos que la liturgia se hace experiencia de vida mística con la oración. La liturgia en la vida comienza en la oración del corazón. Se me pregunta cómo escucho a Jesús y cómo es mi relación con Él; cómo me encuentro con Él, mi experiencia de ello y de qué manera me siento salvado y amado por Él. La pregunta la contesto así, formulada en una tesis sencilla: “No se trata de hablar de misterio, experiencia de vida mística, celebración, de salvación, de mi vida personal como monje, ni siquiera hablar de Cristo. Soy consciente de que lo importante no es hablar de Él, sino dejar que Cristo viva en mí, para que la gente pueda encontrarle, al verle vivir en mí, o al verme vivir en Él”.

Este es el objetivo, la gran meta; y también encontrarme a mí mismo en Él. Se trata de ser, no de hablar o de escribir². Lo más elocuente es ser monje, es decir, uno en Cristo³. Conocerle a Él: “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo” (Jn 17,3)⁴. Esta unidad de Dios con el monje se da en Cristo. El Espíritu Santo me conforma a Cristo.

Cuando la gente habla o piensa en la liturgia, se la asocia a celebración, o para hablar con el realismo de pueblo, a ceremonias. Pero antes que una celebración, la liturgia es un acontecimiento: Jesucristo. Se trata de ahondar en este conocimiento y relación con Cristo, fundamento de toda la red de comunicaciones o relaciones con los demás. La conexión o el conectar, de lo que tanto se habla hoy, tiene un trasfondo trinitario. El hombre aspira a la comunión, a buscar. Se desea la comunión⁵. La realidad escondida con la que conectamos, el misterio litúrgico es Jesucristo, que nos da la salvación⁶. Entre vosotros soy comprendido, no en otros lugares, si afirmo lo que vosotros mismos podríais decir: que sólo se vive la teología en la liturgia. La tradición monástica no lo deja de decir: si oras eres teólogo. Es de las primeras cosas que en un monasterio se le ofrecen a un postulante para que las interiorice.

2 Thomas Merton llegó a decir: “Te ruego que intercedas por mí ante Nuestro Señor para que en lugar de escribir algo, pueda ser yo algo, y para que además, sea tan plenamente lo que debo ser que no tenga ya necesidad de escribir, porque el mero hecho de ser lo que debo ser sería más elocuente que muchos libros” (T. MERTON, *Diálogos con el silencio* [Santander 2009] 161).

3 Fuera de esta verdad nos salimos de nuestro papel de criaturas, y no buscamos primero a Dios, su reino y su justicia. El Dios uno detesta un corazón doble, que no esté dirigido a él como lo único necesario. Tener un corazón doble en la Biblia significa también tener un corazón que da vueltas, indeciso e inconstante. Por eso cuando el monje canta en el salmo 86: “mantén mi corazón entero en el temor de tu nombre”, quiere expresar: “Señor, unifica mi corazón para que tema (venera) tu nombre y te sirva”. Algún exégeta entendido dice que esta frase sería una mejor traducción que la que conocemos en el salterio litúrgico. Pero sabiendo que ese “unifica mi corazón o mantén mi corazón entero, o constante, decidido”, ha sido traducido al griego por *monachoûn*, tendría sentido orar así cualquiera: “Señor monastifica mi corazón, dame un corazón de monje, ser uno contigo, o bien: Señor procura que no tenga un corazón dividido” (cf. J. M. DE LA TORRE, *Literatura cristiana antigua, entorno y contenido III* [Zamora 2004] 232-233).

4 Es muy ilustrativa la nota de este versículo que aparece en la biblia, según la versión oficial de la Conferencia Episcopal Española 2010: “La vida eterna, fruto del sacrificio del Hijo, se define como conocimiento del único verdadero Dios y de su enviado, pero implica la comunión mediante la fe y el amor”.

5 Cf. M. I. RUPNIK., *El arte de la vida* (Madrid 2013) 112.

6 Me refiero a salvación en cuanto al fruto obtenido por la redención de Cristo, es decir, ya no estamos más enemistados con Dios por el pecado. Estamos en gracia y a este estar en gracia lo llamamos salvación. El término redención se refiere al rescate (significa volver a comprar, porque viene del latín *redimire*) del pecado, que Cristo pagó muriendo en la cruz por nosotros.

Al principio quiero advertir que soy monje por la Palabra de Dios. Ella me trajo al monasterio, y me mantiene ahora en mi lugar. Todo lo que diga está asentado en la Palabra. Desde que era novicio, la liturgia de la Palabra en la celebración de la eucaristía y de la oración de las horas, prolongada en la *lectio divina* personal me ha guiado para entrar en este vivir en Cristo.

Pero no hay más remedio que decir que interpreto y evalúo el asunto de la liturgia como experiencia de vida mística, o lo que la gente llama “vivir la liturgia”, de manera libre. Por eso trato de contestar sin tecnicismos, ni referencias a planteamientos teológicos y especulativos. Es más bien un escribir lo que varias veces he tratado coloquialmente y ahora lo pulo un poco para expresarlo aquí.

En relación con el título: *La liturgia como experiencia de vida mística*, sabemos que mística y misterioso, en su raíz etimológica griega, supone lo indescifrable, o hermético, lo que no se puede decir, ni comunicar. También en su sentido original se sabe que misterio viene de *cerrar la boca*, (*múo* es el verbo griego). Refiriéndome a misterio, prescindiendo del sentido cúltico que hay que dar al misterio (*sacramentum*), en su recorrido desde el helenismo religioso, el sentido filosófico que se da a este término, o el significado de secreto escatológico que aparece en el A.T., me fijo sobre todo en lo que san Pablo transmite. Misterio de Dios es la acción salvadora de Dios Padre que ha expresado, manifestado y realizado a través de su Hijo Jesús.

Se ha hablado de la sensación de lo místico, como el verdadero saber del hombre que es capaz de maravillarse y sentir el encanto y el asombro, porque lo impenetrable realmente existe, su sabiduría y belleza se manifiesta en un encuentro, que es posible en toda celebración litúrgica. Creo que no es desacertado escribir que uno, con sus limitadas facultades, no celebra para comprender, sino para vivir en Dios, encontrándose con Él y aceptando en fe su salvación.

Esta exposición la divido en cuatro apartados, en cada uno incluyo un texto de la Palabra, que están referidos a lo que es un monje: el que escucha al Esposo, es su amigo y desea vivir con Él hacia dentro o en su monasterio interior, en constante actividad eucarística o estilo de acción de gracias, y apropiándose en cada instante de la salvación.

II. EL AMIGO DEL ESPOSO

El Bautista dice:

El que tiene la esposa es el esposo; en cambio, el amigo del esposo, que asiste y lo oye, se alegra con la voz del esposo; pues esta alegría mía está colmada. Él tiene que crecer, y yo tengo que menguar (Jn 3,29-30).

De monjes amigos de Dios he aprendido todo lo que podría resumir mi vivencia litúrgica, que más allá de principios, normas y métodos, toda celebración nos lleva a tomar conciencia de la amistad con Cristo. Esto es lo primero. La entrada de la liturgia en la vida comienza y se realiza en la oración interior.

Juan Bautista es considerado en una parte de la tradición monástica como el primer monje. Pero no tanto por su desierto y ascetismo en el comer y vestir, sino más bien como el profeta, amigo de Dios, que como todo buen liturgo establece una relación de amistad con el esposo. Si elegimos rezar, sin saber cómo, sin pretensiones, con humildad es que estamos descendiendo al corazón. Allí está Él. Personalmente veo esta relación en la liturgia. Yo también soy el amigo de Cristo, que le oye y se alegra, porque sabe estar en actitud de confianza y descanso. La liturgia vivida y celebrada se da en el corazón. Creo que es importante reflexionar sobre el lugar donde estamos situados. A veces estamos perdidos en el “cómo” se hace, se expresa, se hace llegar se hace vivir... Todo esto es periférico. Lo importante es este movimiento hacia la escucha interior, para darme cuenta de la presencia y de la amistad del Señor. Permanezco en un estar ahí abierto y receptivo. Tanto la liturgia, como la vida espiritual se basa en esta presencia en Cristo. Y ninguna boca está cerrada, ni la suya, ni la mía. Oigo su voz en mí cuando canto y rezo. Al salmodiar canta Él, y reconozco en Él mi voz. Él ora y canta por mí y es invocado por mí. Hablo en primera persona, pero no me olvido del plural, porque es una asamblea la que celebra⁷.

7 Cf. Ordenación General de la Liturgia de las Horas, núm. 7.

III. MI LUGAR: LA LITURGIA DE LA MORADA, UNA LITURGIA DEL CORAZÓN

Esta puede ser la promesa más espléndida del Nuevo Testamento:

El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él (Jn 14,23).

Cuando comparto esto, haciendo *collatio* con la *lectio divina*, en alguna charla dialogada en la hospedería de mi monasterio, se me ha preguntado si yo guardo una palabra de la Escritura, en particular, por la que obtenga lo que asegura el Señor, esa habitación que me convierte en el lugar o casa de la Trinidad. Mi respuesta es simple: Jesús. Es la palabra guardada, que yo amo respirar.

Siempre que me detengo en lo de respirar, hay gente a la que le hace gracia. Es muy significativo que San Antonio, padre de los monjes, en sus últimas recomendaciones antes de su muerte se despida así de sus hermanos: “Respirad siempre a Cristo, y creed en Él y vivid como si cada día fuéseis a morir”⁸. El Nombre es la Palabra misma. Me gusta el tratamiento simbólico o místico que le da la poesía bíblica: “aroma que se expande es tu nombre” (Ct 1,3b). Me atrevo a decir que también el Nombre contiene un soplo, aliento, hálito, un aire⁹.

Esta promesa me asombra. Me hace orar con la serenidad de respirar conscientemente, mirando mi interior. Es como si cada una de mis respiraciones (inspirar y espirar) fuese una efusión del Espíritu, consciente de que el Creador insufló aliento de vida en la nariz del primer hombre. Un soplo todavía operativo que origina un Pentecostés permanente al respirar con la atención del corazón. Por eso, junto al signo del agua, me atrevo a hablar de un bautismo de aire. Ahora no puedo detenerme en la catequesis que esta afirmación conlleva.

8 ATANASIO, *Vida de Antonio* (Madrid 1995) 123.

9 “El Señor Dios modeló al hombre del polvo del suelo e insufló en su nariz aliento de vida; y el hombre se convirtió en ser vivo” (Gn 2,7). El soplo de Jesús Resucitado da vida al nuevo hombre (Jn 20,22). El signo litúrgico de soplar está prácticamente omitido. Se prevé opcional en la misa crismal: “el obispo, si cree oportuno, sopla sobre el ánfora del crisma” (*Ceremoniale episcoporum* 290). También en el exorcismo opcional sobre los catecúmenos está previsto el soplo leve, con la posibilidad de omitirse, y se especifica que aun siendo leve.

Pretender introducir el misterio pascual en mi vida sin oración, no es posible. La liturgia favorece continuamente que pueda guardar la Palabra en el corazón. Desde este lugar interior la liturgia se convierte en vida. Pentecostés en una experiencia continua, como economía de la salvación que se da en la liturgia.

El paraíso en el que respira Adán ya no está fuera, no es un jardín, ahora es el propio interior, convertido en cielo, en casa, hogar, monasterio de la Trinidad.

A lo largo de todo el camino monástico de siglos, el Espíritu ha dado siempre a monjes y monjas de todas las culturas una gran sensibilidad para interiorizar, haciendo vida, y compartir la frase anterior del llamado discurso de despedida de Jesús, sabiendo escuchar también estas palabras del adiós de Jesús:

Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor (Jn 15,9-10).

Abriendo de este modo la puerta del corazón, para permanecer dentro, en su amor, cualquiera se hace uno, “monajós”, unificado, tranquilizado, en el amor de los Tres. La espiritualidad de la comunión, indicada por san Juan Pablo II y subrayada por el papa Francisco surge de esta inhabitación Trinitaria¹⁰.

Sólo se ve bien con el corazón, y además sólo en el corazón alcanzamos a ser nosotros mismos. En este lugar de encuentro, me espera Jesús.

10 Unos cinco siglos antes de Cristo, cuando Sidarta Gautama tiene ya 80 años y está a punto de fallecer, en su discurso de despedida a sus monjes budistas les dice: “Ve a casa, a la isla de tu interior. Hay una isla segura en ese lugar. Cada vez que sufras, cada vez que te sientas perdido, acude a tu verdadero hogar. Nadie puede arrebatártelo” (THICH NHAT HANH, *El monje* [Barcelona 2014] 139). Me parece que se pueden percibir en estas palabras finales de Buda las “semillas del Verbo” el germen de Cristo, en otras religiones anteriores al cristianismo, que ya constataba en el siglo II San Justino. En el mes de enero de 2015, en su viaje a Asia, el papa visitó un templo budista, saludó a los monjes y refiriéndose a ellos les dijo que la Iglesia Católica “no rechaza nada de lo que (en su religión) hay de santo y verdadero. Considera con sincero respeto los modos (que ellos tienen) de obrar y vivir los preceptos y doctrinas” (*Nostra aetate* 2). Él estaba haciendo lo que antes, en su Carta Apostólica a todos los Consagrados, había mencionado, el diálogo inter-monástico de la Iglesia con algunas de las grandes tradiciones religiosas, para ir dando nuevos pasos “hacia una recíproca comprensión cada vez más profunda y para una colaboración en muchos ámbitos comunes de servicio a la vida humana”.

De este modo se puede abrir en mí un camino interior, un despertar vital para adentrarme en mi raíz en Dios, entrar en la morada del corazón que en todos los monacatos, incluso en el no cristiano, se ha llamado “morada interior”, “isla interior” o “montaña interior”¹¹.

Al corazón llamo mi lugar, mi centro, el punto donde surge y converge la vida espiritual, la raíz de toda facultad psíquica del intelecto y de la voluntad, que me lleva a conectar en diálogo amoroso con los latidos del corazón de Dios. En la tradición viva cisterciense, la experiencia de otros me transmite que el fundamento de la vida monástica consiste en escuchar estos latidos¹². Esto siempre supone una educación del oído, un obedecer (*ob-audire*) al Espíritu.

El pecado produce la disgregación espiritual que nos descentra o nos descorazona y así nuestra personalidad se sitúa en el mundo exterior. Nuestro cerebro admite un sinfín de pensamientos, con multiplicidad de imágenes, recuerdos y proyectos. Por eso es necesario reencontrar el corazón, para poder celebrar. La puerta del corazón es algo tan natural, tan vital y tan inseparable de la persona como es la respiración, pronunciando el nombre de Jesús. En los inicios de mi vida monástica leí algunas recomendaciones en un cuadernillo en ciclostil, traducido del francés, donde se recomendaba a los recién llegados al monasterio a vivir conscientes de respirar y de caminar de manera atenta a lo que se está haciendo en cada instante. Más bien despacio, con tranquilidad. O si tiene que ir deprisa, dándose cuenta de que se anda rápido. Haciéndolo todo con la atención del corazón, para favorecer el recuerdo de Dios, la oración incesante, como una prolongación de las distintas celebraciones de la jornada monástica. Sí. Se ora en todo, con todo y por todo. Esa es la dimensión real de la vida mística: lo mismo cerrar una puerta, que encender una vela en el altar. Con la misma atención cuidadosa, tomando conciencia, hay que tratar unos corporales que una bicicleta, poniendo todo el ser en la entonación de un salmo, o canción, en el recitado de una oración, y la misma atención, al llevarte la cuchara a la boca o al transportar un carretillo de leña, o a ese sosiego atento, con el cepillo de dientes, o consciente al saber esperar el autobús. El trabajo no es castigo opresivo, no es algo penoso, aburrido, preocupante o estresante. Es satisfactorio y creativo, en cuanto encuentro con el que trabaja

11 Cuando San Antonio se adentra en el desierto, San Atanasio de Alejandría dice que entra en la “montaña interior” (ATANASIO, 10).

12 Cf. B. OLIVERA, *Seguimiento, Comunión, Misterio: Escritos de renovación monástica* (Zamora 2000) 16.

siempre. Todo me comunica con Dios y toda acción y movimiento se hace sacramental, con toda la atención del corazón, transmitiéndome a Dios. Todo en Dios, y respirando en Él¹³.

Para mí, como monje, la liturgia es la que mejor me hace captar estas realidades tan triviales, mencionadas anteriormente, como la celebración de los sacramentos de la vida¹⁴. No es caer en un panliturgismo, sencillamente es ver a las personas, las cosas y los acontecimientos desde Dios, portadores de un significado, de una manifestación de su amor¹⁵.

La liturgia es mi vida y mi identidad, mi renacimiento en cada hoy. Celebrar a Cristo es reinsertarme con mayor atención en la realidad de cada instante. Es lo que el jesuita Jean Pierre de Caussade (1675-1751) llamó el “sacramento del momento presente”¹⁶.

Encontrarme con Cristo en todo. Es la religación más intensa con el amor de Dios, uno y trino, y la expresión más íntima y original del don aceptado de la salvación, que es operativa en cada celebración sacramental y que se

13 Cuando he hablado de esta manera—que soy un monje, que está atento para ver o vivir un encuentro con Dios en la realidad de cada instante, en una ocasión—, un profesional de la psicología que me oyó me dijo: “eso es *mindfulness*”. Como era una expresión nueva para mí, y también un estilo de vida con incidencias en diferentes escuelas de psicología, que yo desconocía, él me explicó lo que quería decir al traducir esta palabra inglesa por “atención plena”. Le escuché y le aseguré que yo trataba de vivir lo aprendido en la tradición monástica, desde los primeros años de mi formación, contenido en la *Filocalia* (De la Oración de Jesús), publicada en 1782 por un monje griego. En la actualidad se está preparando una traducción completa de esta obra en castellano. En relación con la oración, los antiguos monjes hablan de la “atención del corazón, guarda del corazón, trabajo espiritual o incluso sobriedad”, para mantenernos durante toda la jornada en una continua presencia de Dios. Es un mensaje que se expresa en una verdad trascendental—la necesidad de la oración incesante—, divulgado por el libro *El peregrino ruso* (Madrid 1963). Hay varias ediciones.

Sobre este arte de la “atención plena”: T. H. HANH, *The miracle of mindfulness* (New York 1976). Hay una traducción reciente de este libro: T. H. HANH, *El milagro de mindfulness* (Barcelona 2014).

14 L. BOFF, *Los sacramentos de la vida* (Santander 1980).

15 De manera semejante, en esta misma línea, incluyo un texto traducido de Madeleine Delbrèl: “Cada pequeña acción es un acontecimiento inmenso en el que se nos da el paraíso, en el que podemos dar el paraíso. Qué importa lo que tengamos que hacer: tomar una escoba, o una pluma, hablar o callar, zurcir o dar una conferencia, cuidar un enfermo o escribir a máquina. Todo esto es sólo la corteza de una realidad espléndida, el encuentro del alma con Dios renovado cada minuto, acrecentado en gracia cada minuto, cada vez más bella para su Dios. ¿Llaman? Rápido, abramos: es Dios que viene a amarnos. ¿Una información?...Aquí está... Es Dios que viene a amarnos. ¿Es hora de sentarse a la mesa? Vamos: es Dios que viene a amarnos (M. DELBRÈL, *La sainteté des gens ordinaires, tome VII des Oeuvres Complètes* [Bruyères-le-Châtel 2009] 309). Hay una traducción de este libro: M. DELBRÈL, *Nosotros gente común y corriente* (Buenos Aires 2008).

16 J. P. DE CAUSSADE, *The sacrament of the Present Moment* (New York) 1989.

prolonga en el recuerdo de Dios (memoria Dei), que me mantiene unido a cada persona, en cada momento.

IV. LA ACCIÓN DE GRACIAS: "CONFIGURACIÓN POR DEFECTO"¹⁷.

En el primer testimonio escrito de cómo se concibe la vida cristiana, lo que no varía y que siempre ha tenido un fuerte impacto en la tradición monástica, San Pablo exhorta así:

Estad siempre alegres. Sed constantes en orar. Dad gracias en toda ocasión: esta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús respecto de vosotros (1 Tes 5,16-18).

En la lengua informática, se usa "por defecto" para expresar un ajuste predeterminado o preestablecido de alguna función, es decir, el marco fijo de un ordenador que después de realizar las orientaciones prescritas vuelve a la misma base.

Me atrevo a decir que la espiritualidad eucarística, en su sentido más genuino del término es la "configuración por defecto" que se da plenamente en la liturgia y pasa a todos los momentos y circunstancias de la vida cristiana, como un estilo de vida o práctica, "deber y salvación de darte gracias siempre y en todo lugar"¹⁸. Estamos llamados a hacer eucaristía en todas las cosas. Así nos situamos ya aquí en nuestra tarea eterna de ser alabanza de su gloria.

Si el misterio pascual contiene el acontecimiento histórico de la pasión, muerte, sepultura, y metahistórico de su resurrección, ascensión, donación del Espíritu, e intercesión permanente de Jesucristo, y además comprende toda la vida de Cristo como un único acontecimiento salvador, es un verdadero soplo efusivo del Espíritu Santo. Él me capacita para celebrar encontrándome con Cristo en toda celebración sacramental. El Espíritu ora en nosotros, en mí; a

17 Esta expresión –"configuración por defecto"– para hablar de la acción de gracias se la escuché a Dom Eamon Fitzgerald, abad general de la Orden Cisterciense de la Estricta Observancia, en su Conferencia inaugural del Capítulo General 2014 (Publicación privada).

18 "Darte gracias siempre y en todo lugar", es la continua insistencia de más de 50 prefacios del misal romano.

Él me uno en cada respiración consciente, que mantiene mi corazón atento y vigilante para descansar en esta seguridad: he sido salvado. De esta atención del corazón, detenida en la salvación, brota la acción de gracias, alabanza serena, tranquila, sin fogosidad entusiasta, sino en sonrisa y experiencia de salvación de Jesucristo. El gozo es interior, y hay palabras ungidas en un canto nuevo, desde el corazón maravillado que no está distraído, ni razona todo. No hay recuerdo de Dios sin ese memorial de las misericordias del Señor, que es glorificar a Dios, alabarle, dando siempre gracias, porque su Hijo me salva y transforma mi vida. Con la acción de gracias cesa ese afán que se puede constatar fácilmente en personas que enjuician a los demás, comentando sus acciones, hablando mal (“mal diciendo”). Mi encuentro con Cristo, en la liturgia me pide ser con Él una bendición. Necesito la salvación, escuchando y acogiendo cada circunstancia como parte de su plan salvador para mí.

Hago mía esta oración: “No por medio de espejos, o enigmas, sino cara a cara, te has manifestado a mí, oh Cristo, y ahora te encuentro en tus sacramentos”¹⁹. Este encuentro es la razón para que mi boca no pueda estar cerrada, callada. No hay secretos. Hay un encuentro íntimo. Mi boca se abre con Él y en Él. “Señor me abrirás los labios y mi boca proclamará tu alabanza” (Sal 50,17). Él quiere relacionarse conmigo. Jesús se me ofrece y mi despertar, o atención del corazón es acogerle porque yo sí quiero una relación interpersonal, recíproca de amistad. Y me hace decir: contigo, en y fuera de la celebración litúrgica. Sí, Jesús, estoy ahora contigo. Y la experiencia es tan personal que ese contigo es ya uno. Un tú y un yo fundidos. Lo dice Él para mí y lo digo yo para Él en la misma palabra: contigo.

La interiorización de esta práctica eucarística mediante la invocación del nombre de Jesús es uno de los temas fundamentales de la espiritualidad monástica. La práctica, o este arte de bendecir, no puede dejar de referirse y estar contenida, o brotar de la específica plegaria eucarística, que siendo memorial, ofrenda, intercesión, incluye la alabanza y la súplica. He aquí el corazón de la oración de la Iglesia y la manera orante a la que se debe confortar la oración cristiana.

Nada puedo ver bien sin Cristo. Vivir en Él, no ya como un deseo, sino como una realidad que me sucede en lo cotidiano. Con Él cada instante se hace único e irrepitible. Cuando activo mi fe, mi recuerdo, atención o vigilan-

19 S. AMBROSIO, *Apologia Prophetarum David*, 12, 58; PL 14, 916.

cia me siento sorprendido cada vez que me detengo y lo pienso. Sí, admito que la única garantía que tengo es que Cristo me comprende y conoce mi debilidad. Como sé que Él no se asusta por ello, yo tampoco. Mis acciones desde mi realidad de pecado tienen unas consecuencias anuladas por Cristo mediante su amor. La gracia las ha desactivado o interrumpido.

V. LA APROPIACIÓN DE LA SALVACIÓN

El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con Él? (Rm 8,32).

La liturgia incluye este *omnia*: Jesús. Es el celebrante y lo celebrado. El culto y el lugar de la liturgia. Es la vivencia y el encuentro. Sin esta prioridad nada tiene significado, ya hemos hablado del gran fallo litúrgico: que Jesús no sea para nosotros la liturgia, la realidad del misterio.

El que lo tiene todo, incluyendo el agua, en algún icono es también el pozo, “tiene hasta sed” diría la beata madre Teresa de Calcuta. Ella tenía esta convicción: “Todo viene del ‘Tengo sed’ (Jn 19,28)”²⁰.

Con su abundante *omnia*, Jesús, el sediento y el agua que me sacia, dice: “dame de beber” (Jn 4,7). La misma madre Teresa me enseña que la sed de Jesús es más importante que la mía. Pero lo real es que en la liturgia bebo porque las entrañas del Señor manan ríos de agua viva (cf. Jn 7,38). Y Jesús para el que bebe se convierte en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna (cf. Jn 4,14).

Mi vida es vivir sin ningún tipo de carencias, ni lamentos o quejas, porque no soy pobre, humilde... En la salvación de Cristo he adquirido el “todo”.

San Bernardo, deteniéndose en la sangre y el agua del costado traspasado, siempre me sorprende con la audacia de su fe, que expresa así:

Por mi parte lo que no puedo obtener por mí mismo me lo apropio (usurpo) con confianza del costado traspasado del Señor, porque está

²⁰ “Crece en ese amor íntimo y comprenderás no sólo lo que significa ‘Tengo sed’, sino todo”. (MADRE TERESA, *Donde hay amor está Dios* [Barcelona 2012] 62).

lleno de misericordia. Mi mérito, por eso, es la misericordia de Dios. Mi mérito no es lo que yo he hecho, es la misericordia de Dios. Ciertamente no soy pobre en lo que se refiere a méritos mientras siga siendo Él rico en misericordia. Que si las misericordias de Dios son muchas, también yo tendré méritos en abundancia ¿Qué hay entonces de mi justicia? Pues recordaré sólo tu justicia, pues esa es también la mía, porque tú eres para mí justicia de Dios²¹.

La alabanza, o la práctica eucarística dicha, además de brotar de la maravilla de la salvación, no se separa de mis pecados, transformados por la Pascua de Cristo, enemigos que ya no me persiguen porque han sido ahogados en el mar Rojo de su sangre redentora. En el canto del himno navideño: *Christe Redemptor omnium*, de gran contenido pascual, hay una libre traducción castellana de un verso que me ha ayudado mucho: “hemos sido redimidos en la preciosa marea de su sangre”. Esta idea evoca el contenido pascual de Cristo Redentor en lo que testimonia y profetiza Miqueas: “arrojará nuestros pecados a lo hondo del mar” (Mi 7,19b)²². Es la purificación pascual realizada en el sacramento de la sangre derramada para el perdón de los pecados. Esto está muy bien expresado, por ejemplo, en la monición introductoria de las preces de vísperas del 9 de enero, o miércoles después de domingo de Epifanía, que dice así: “Alabemos a Cristo, el Verbo de Dios, que ha venido para arrojar al mar todos nuestros pecados”²³.

Lo que estaba en Dios se realiza hoy con la predicación de la Cruz gloriosa. He aquí la clave, Cristo ha nacido y vivido en el mundo, ha sufrido, ha muerto y ha sido glorificado. Enseguida se va plasmando la expresión simbólica de la salvación. No hay teorías, hay una persona. Él, el agua de la vida, hace nuevas todas las cosas: liturgia, templo, altar, culto, rito, víctima y sacerdote, que no cesa de interceder y da a beber gratis el agua de la vida (cf. Ap 21,5-6). A celebrar a Cristo me encuentro con su sufrimiento, con el de todos los hombres y con mi propio sufrimiento. En mí está superado acogiendo la gratitud salvadora de Dios. Su salvación supera mi imaginación y

21 S. BERNARDO, *Sup. Cant.* 61, 4; PL 183, 1072.

22 Este pasaje de Miqueas lo relaciono con el paso del mar Rojo en Ex 14,27-28. El verso en castellano del himno “Oh Cristo Redentor del mundo”, al que aludo, se inspira en esta expresión: *Nos quoque, qui sancto tuo/redempti sumus Sanguine*, cuya traducción literal es: “También nosotros, somos redimidos por tu santa sangre”.

23 Liturgia de la Horas I, 516.

sentimiento. Al participar activa y fructuosamente en la liturgia me revisto de Cristo. Su fuerza en mí afronta toda lucha contra el pecado del mundo y me “sitúa” ya en el Reino. En esa abundancia de la que se apropia san Bernardo.

VI. CONCLUSIÓN

Termino así: Escribo desde mí y sé bien que Jesús hace lo que es, me salva aquí y ahora. Me detengo. Soy consciente y activo mi fe. Estoy atento. Escucho. Y ahora se establece, en la simplicidad de este instante, el recuerdo de los misterios de la salvación, que celebro en la eucaristía y se extiende a los distintos momentos del día, en la liturgia de las horas²⁴.

Monje significa estar solo y ser uno, es decir, sin divisiones en el corazón. Estar solo y solamente en Él, ser uno con Él. Esa es la verdadera vida, estar insertado en su salvación, quedando libre de toda contradicción, privación, malestar o disgusto que llamamos sufrimiento. Todo lo considero basura con tal de ganar a Cristo y ser hallado en Él, encontrarle a Él y dejar de estar hundido por el sufrimiento. No con lo que yo pueda hacer por salvarme cumpliendo observancias monásticas o siguiendo especulaciones espirituales para ver, despertarme o iluminarme. Sé que ha aparecido la gracia, la justicia de Dios, es decir, su comprensión, compasión, bondad, su amor y misericordia entrañable²⁵. Todo esto es mío. No me falta. Su amor es ya inseparable, eterno.

Veamos lo esencial. El latido de la liturgia es lo que escucho de Él. Sólo el corazón que late con la liturgia ve lo escondido, lo misterioso, lo invisible: Es el Señor. Escucho y respondo. Así hablo de la oración. No hay vida y celebración si no rezo, descendiendo humildemente a mi morada, mi corazón, donde Él ha venido a estar. Celebrar es ser conscientes de esta hospitalidad misteriosa. Debo ser delicado para no contaminar la fuente interior con mis montajes o condicionamientos psicológicos. No sé orar, ni celebrar como conviene, pero el Espíritu que me habita sí sabe hacerlo (cf. Rm 8,26). Y él sólo tiene una liturgia de la palabra y de cualquier sacramento, o sacramental que lo expresa todo: Jesús. He aquí la síntesis de toda teología, liturgia, y

24 Ordenación General de la Liturgia de las Horas, núm. 12.

25 Me baso en la referencia pascual de Flp 3,7-11; Tt 3,4-5.

espiritualidad en una palabra. Esta liturgia del corazón, a la que Él ha venido y en la que entro por la fe, y con el deseo que tiene el Amado de que yo sacie su sed, disuelve los signos, permaneciendo Él, porque el misterio no se puede describir, aunque haya expuesto todo esto hasta aquí.